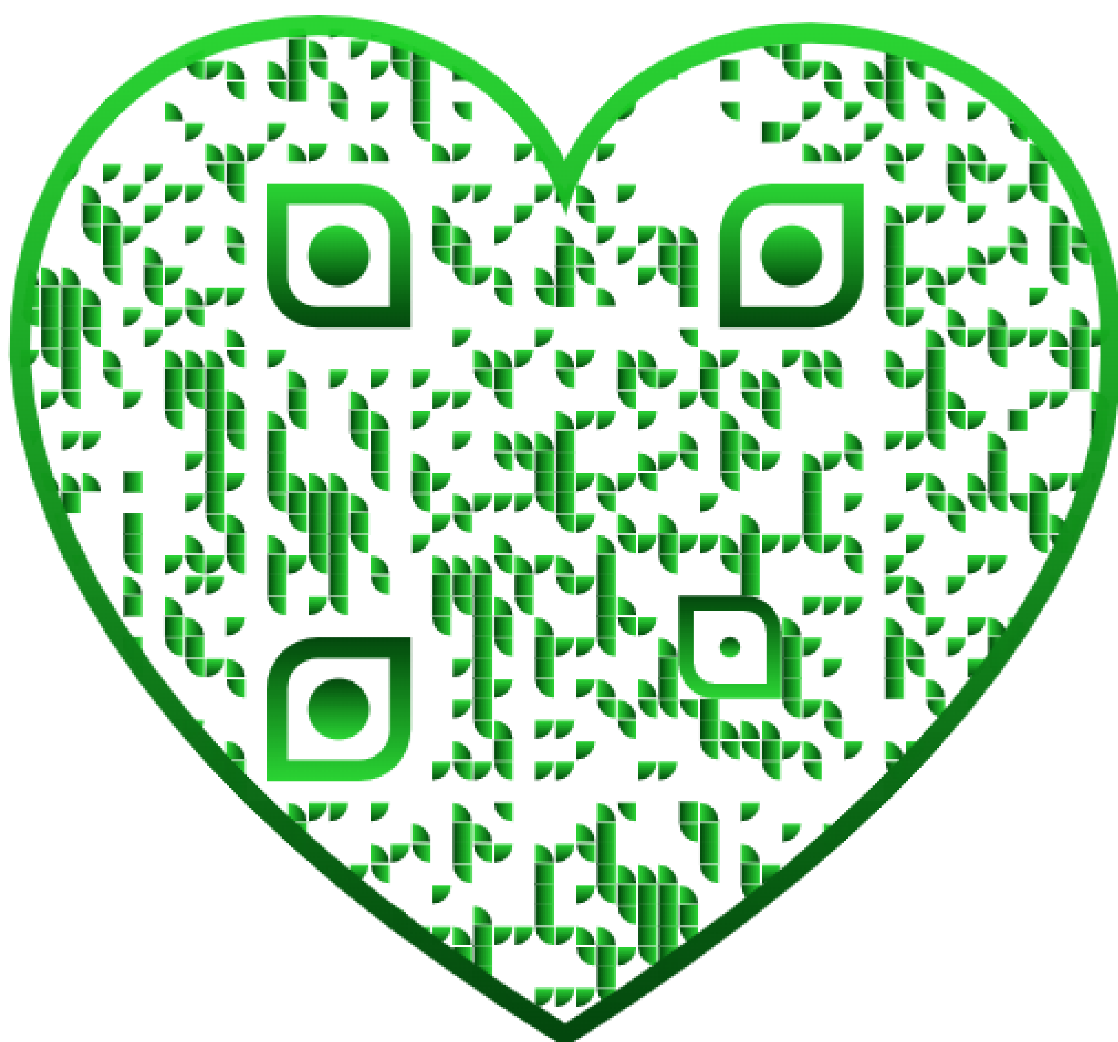
DE HUMANO DEMASIADO HUMANO

PREFACIO

1

Harto a menudo, y siempre con gran extrañeza, se me ha señalado que hay algo común y característico en todos mis escritos, desde el ***Nacimiento de la tragedia*** hasta el último publicado, ***Preludios a una filosofía del porvenir***: todos ellos contienen, se me ha dicho, lazos y redes para pájaros incautos y casi una constante e inadvertida incitación a la subversión de valoraciones habituales y caros hábitos. ¿Cómo? ***¿Todo es*** sólo... humano, demasiado humano? Con este suspiro se sale de mis escritos, no sin una especie de horror y desconfianza incluso hacia la moral, más aún, no mal dispuesto y animado a ser por una vez el defensor de las peores cosas: ¡como si acaso sólo fuesen las más vituperadas! A mis escritos se les ha llamado escuela de recelo, más aún de desprecio, felizmente también de coraje, aun de temeridad. En realidad, yo mismo no creo que nadie haya nunca escrutado el mundo con tan profundo recelo, y no sólo como ocasional abogado del diablo, sino igualmente, para hablar teológicamente, como enemigo y acusador de Dios; y quien adivina algo de las consecuencias que implica todo recelo profundo, algo de los escalofríos y angustias del asilamiento a los que condena toda incondicional ***diferencia de enfoque*** a quien la sostiene, comprenderá también cuántas veces para aliviarme de mí mismo, dijérase para olvidarme de mí mismo por un tiempo, he intentado resguardarme en cualquier parte, en cualquier veneración, enemistad, cientificidad, liviandad o estulticia; también por qué cuando no he encontrado lo que ***necesitaba*** he tenido que procurármelo artificiosamente, falseando o inventando (¿y qué otra cosa han hecho siempre los poetas? ¿y para qué, si no, existiría todo el arte del mundo?). Pero lo que



una y otra vez necesitaba más perentoriamente para mi curación y mi restablecimiento era la creencia de que ***no*** era el único en ser de este modo, en ***ver*** de este modo, una mágica sospecha de afinidad e igualdad de puntos de vista y de deseos, un descansar en la confianza de la amistad, una ceguera a dúo, sin recelo ni interrogantes, un goce en los primeros planos, superficies, lo cercano, vecino, en todo lo que tiene color, piel y apariencia. Quizá pudiera reprochárseme a este respecto no poco "arte", no poca sutil acuñación falsa: por ejemplo por haber cerrado a sabiendas y voluntariamente los ojos ante la ciega voluntad de moral de Schopenhauer, en una época en que yo era bastante clarividente en materia de moral; también haberme engañado respecto al incurable romanticismo de Richard Wagner, como si fuese un comienzo y no un final; también con respecto a los griegos, y también por lo que a los alemanes y su futuro se refiere, y acaso quedará todavía una larga lista de tales -también-. Más, aun cuando todo esto fuese verdad y se me reprochara con fundamento, ¿qué sabéis ***vosotros***, que ***podéis*** saber de cuánta astucia de autoconservación, de cuánta razón y superior precaución contiene tal autoengaño, y cuánta falsía ha todavía ***menester*** para poder una y otra vez permitirme el lujo de ***mí*** veracidad?... Basta, aún vivo; y la vida no es después de todo una invención de la moral: ***quiere*** ilusión, ***vive*** de la ilusión..., pero de nuevo vuelvo, ¿no es cierto?, a las andadas, y hago lo que, viejo inmoralista y pajarero, siempre he hecho, y hablo inmoral, extramoralmente, -más allá del bien y del mal-.

2

Así pues, una vez en que hube menester, me ***inventé*** también los "espíritus libres!, a los que está dedicado este libro entre melancólico y osado con el titulo de Humano demasiado humano, semejantes "espíritus libres" no los hay, no lo habido, pero en aquella ocasión, como he dicho, tenía necesidad de su compañía para que me aliviaran de tantas calamidades (enfermedad, soledad, exilio, acedía, inactividad) como valerosos camaradas y fantasmas con los que uno charla y ríe cuando tiene ganas de charlar y de reír; y a quienes se manda al diablo cuando se ponen pesados; como una compensación por los amigos que me faltaban. No seré ***yo*** al menos quien dude de que un día ***pueda*** haber semejantes espíritus libres, que nuestra Europa tendrá entre sus hijos de mañana o de pasado mañana tales camaradas alegres e intrépidos, de carne y hueso y no sólo, como en mi caso, como espectros y juego de sombras de solitario. Ya los veo ***venir***, lenta, lentamente, ¿y hago yo acaso algo para

acelerar su venida si describo por anticipado bajo qué destinos los ***veo*** nacer, por qué caminos venir?

3

Cabe presumir que un espíritu en el que el tipo "espíritu libre" ha un día de madurar y llegar a sazón hasta la perfección haya tenido su episodio decisivo en un ***gran desasimiento*** y que antes no haya sido más que un espíritu atado y que parecía encadenado para siempre a su rincón y a su columna. ¿Qué es lo que ata más firmemente? ¿Cuáles son las cuerdas casi irrompibles? Entre hombres de una clase elevada y selecta los deberes serán ese respeto propio de la juventud, ese recato y delicadeza ante todo lo de antiguo venerado y digno, esa gratitud hacia el suelo en que crecieron, hacia la mano que les guió, hacia el santuario en que aprendieron a orar; sus momentos supremos serán lo que más firmemente les ate; lo que mas duramente les obligue. Para los hombres de tal suerte encadenados, el gran desasimiento se opera súbitamente, como un terremoto: el alma joven es de repente sacudida, desprendida, arrancada, ella misma no entiende lo que sucede. Un impulso y embate la domina y se apodera de ella imperiosamente; se despiertan una voluntad y un ansia de irse; a cualquier parte, a toda costa; flamea y azoga en todos sus sentidos una vehemente y peligrosa curiosidad por un mundo ignoto. -Antes morir que vivir ***aquí***, así resuenan la voz y la seducción perentorias: ¡y este "aquí", este -"en casa"- es todo lo que hasta entonces había amado! Un repentino horror y recelo hacia lo que amaba, un relámpago de desprecio hacia lo que para ella significaba "deber", un afán turbulento arbitrario, impetuoso como un volcán, de peregrinación, de exilio, de extrañamiento, de enfriamiento, de desintoxicación, de congelación, un odio hacia el amor, quizá un paso y una mirada sacrílegos ***hacia atrás***, hacia donde hasta entonces oraba y amaba, quizá un rubor de vergüenza por lo que acaba de hacer, y al mismo tiempo un alborozo ***por*** haberlo hecho, un ebrio y exultante estremecimiento interior que delata una victoria -¿una victoria?, ¿sobre qué?, ¿sobre quien?-, una enigmática victoria erizada de interrogantes y problemática, pero la ***primera*** victoria al fin y al cabo: de semejantes males y dolores consta la historia del gran desasimiento. Es la mismo tiempo una enfermedad que puede destruir al hombre, esta primera erupción de fuerza y voluntad de autodeterminación, de autovaloración, esta voluntad de ***libre*** albedrío: ¡y cuanta enfermedad se expresa en las salvajes tentativas y extravagancias con que el liberado, el desasido, trata en delante de demostrase a sí mismo su dominio sobre las cosas! Vaga cruelmente con una avidez

insatisfecha; lo que apresa debe expiar la peligrosa excitación de su orgullo; destruye lo que atrae. Con malévola risa da vuelta a lo que encentra oculto, tapado por cualquier pudor: trata de ver el aspecto de las cosas ***cuando*** se las invierte. Es por arbitrio y gusto por el arbitrio por lo que acaso dispensa entonces su favores a lo hasta tal momento desacreditado, por lo que, curioso e indagador, merodea alrededor de los más prohibido. En el trasfondo de su trajín y vagabundeo -pues está intranquilo y sin norte que le oriente, como en un desierto- está el interrogante de una curiosidad cada vez más peligrosa. "¿No es posible subvertir ***todos*** los valores?, ¿y es el bien acaso el mal?, ¿y Dios sólo una invención y sutileza del diablo? ¿Es todo acaso en definitiva falso? Y si somos engañados, ¿no somos precisamente por eso también engañadores?, ¿no nos es ***inevitable*** ser también engañadores?" Tales pensamientos le conducen y seducen cada vez más lejos, cada vez más extraviadamente. La soledad esa temible diosa y ***mater saeva cupidinum***, le rodea y envuelve, cada vez más amenazadora, más asfixiante, más agobiante; pero ¿quién sabe hoy qué es la ***soledad***?

4

Desde esta aislamiento enfermizo, desde el desierto de tales años de tanteo, hay todavía un largo trecho hasta esa enorme y desbordante seguridad y salud que no puede renunciar a la enfermedad misma como medio y anzuelo del conocimiento; hasta esa libertad ***madura*** del espíritu que es igualmente autodominio y disciplina del corazón y permite el acceso a muchos y contrapuestos modos de pensar; hasta esa copiosidad y ese refinamiento internos de la sobreabundancia, que excluyen el peligro de que el espíritu, por así decir, se pierda y enamore por sus propios caminos y, embriagado, se quede sentado en cualquier rincón; hasta ese exceso de fuerzas plásticas, curativas, reproductoras y restauradoras, que es precisamente el signo de la ***gran*** salud, ese exceso que le da al espíritu el peligroso privilegio de poder vivir ***en la tentativa*** y ofrecerse a la aventura: ¡el privilegio de maestría del espíritu libre! Entretanto pueden pasar largos años de convalecencia, años llenos de multicolores mutaciones, a un tiempo dolorosas y encantadoras, dominado y llevados de la rienda por una tenaz ***voluntad de salud*** que a menudo osa ya vestirse y travestirse de salud. Hay en esto un estado intermedio, que un hombre de tal destino no recuerda luego sin emoción: le es propia una pálida y tenue luz y dicha solar, un sentimiento de libertad de pájaro, de petulancia de pájaro, algo tercero en que curiosidad y delicado desprecio se han combinado. Un -"espíritu libre"-: esta fría expresión es

benéfica en este estado, casi calienta. Se vive ya no en las cadenas de amor y odio, sin sí, sin no, voluntariamente cerca, voluntariamente lejos, de preferencia esquiva, evasiva, elusivamente; presto a escapar, a remontar el vuelo; se está mal acostumbrado, como cualquiera que una vez ha visto por debajo de sí un inmensa cantidad de objetos, y se ha llegado a ser lo opuesto de los que se preocupan por cosas que no les conciernen. En realidad, en adelante al espíritu libre le conciernen exclusivamente cosas -¡y cuantas cosas!- que ya no le ***preocupan***...

5

Un paso más en la convalecencia, y el espíritu libre se aproxima de nuevo a la vida, lentamente por cierto, casi recalcitrantemente, casi con desconfianza. De nuevo hace más calor en torno a él, todo se vuelve por así decir, más amarillo; sentimiento y simpatía cobran profundidad, tibios vientos de todas clases soplan sobre él. Casi siente como si los ojos se le abriesen ahora por vez primera a lo ***próximo***. Está maravillado y se sienta en silencio: ¿pero ***dónde ha estado***? ¡Qué cambiadas le parecen estas cosas cercanas y contiguas! ¡Qué lozanía y encanto han adquirido entretanto! Mira atrás agradecido: agradecido por su peregrinaje, por su dureza y autoextrañamiento, por sus miradas a lo lejos y sus vuelos de pájaro por frías alturas. ¡Qué bien que no se ha quedado todo el tiempo “en casa”, siempre “consigo”, como un holgazán mimado y apático! Estaba ***fuera*** de sí: no cabe duda. Sólo ahora se ve a sí mismo, ¡y con qué sorpresas se encuentra! ¡Qué estremecimiento nunca experimentado! ¡Qué dicha en la fatiga, en la antigua enfermedad, en las recaídas del convaleciente! ¡Cómo le gusta sentarse doliente y en silencio, armarse de paciencia, tumbarse al sol! ¿Quién entiende como él de la dicha en invierno, de las máculas solares en el muro? Estos convaleciente y lagartos a medias vueltos a la vida son los animales más agradecidos del mundo, también los más modestos: entre ellos los hay que no dejan pasar un día sin prenderle un pequeño panegírico del dobladillo que le cuelga. Y hablando en serio: es una ***cura*** a fondo contra todo pesimismo (la gangrena de los viejos idealistas y héroes de mentira, como es sabido) enfermar a la manera de estos espíritus libres, permanecer enfermo un buen lapso de tiempo y luego recobrar la salud por un período cada vez más largo, quiero decir, volverse “más sano”. Hay sabiduría, sabiduría de la vida, en eso de recetarse a sí mismo por mucho tiempo la salud sólo en pequeñas dosis.

6

Por esa época puede en fin suceder, entre los súbitos destellos de una salud todavía tempestuosa, todavía inestable, que comience a desvelársele al espíritu libre, cada vez más libre, el enigma de ese gran desasimiento que hasta entonces había estado a la espera, oscuro, problemático, casi intangible en su memoria. Si durante mucho tiempo apenas osó preguntarse: "¿por qué tan apartado, tan solo, repudiando todo lo que yo veneraba, repudiando la veneración misma?; ¿por qué esta dureza, este recelo, este odio a las virtudes propias?", ahora sí se atreve y lo pregunta en voz alta y oye ya algo así como un respuesta. "Debías llegar a ser dueño de ti, dueño también de tus propias virtudes. Antes eran ellas dueñas de ti; pero no deben ser más que tus instrumentos junto a otros instrumentos. Debías adquirir poder sobre tu pro y tu contra y aprender a captar lo perspectivista de toda valoración; la deformación, la distorsión y la aparente teleología de los horizontes y todo lo que pertenece a lo perspectivista; también la porción de estupidez con respecto a valores contrapuestos y toda la merma intelectual en que revierte todo pro y contra. Debías aprender a captar la ***necesaria*** injusticia de todo pro y contra, la injusticia como inseparable de la vida, la vida misma como ***condicionada*** por lo perspectivista y su injusticia. Debías ante todo ver con tus propios ojos dónde es siempre más grande la injusticia, a saber: allí donde la vida está más mezquina, estrecha, pobre, rudimentariamente desarrollada y no puede sin embargo por menos de tomarse a sí misma como fin y medida de las cosas, y de desmenuzar y, por mor de su conservación, poner subrepticia, mezquina e incesantemente en cuestión lo superior, más grande, más rico; debías ver con tus propios ojos el problema de la ***jerarquía*** y cómo crecen juntos hacia lo alto poder, derecho y amplitud de la perspectiva. Debías..."; basta, el espíritu libre ***sabe*** de ahora en adelante a qué -debes- ha obedecido, y también lo que ahora ***puede***, lo que ahora por vez primera le es ***permitido***...

7

De esta forma se da el espíritu libre respuesta respecto a ese enigma de desasimiento y con ello, generalizando su caso, termina por decidir así sobre su vivencia. "Lo que me ha sucedido -se dice- debe sucederle a todo aquel en el que quiere tomar cuerpo y "venir al mundo" una ***misión***. El secreto poder y necesidad de esta misión operará entre y en sus destinos individuales igual que una gestación inconsciente: mucho antes de que se haya percatado él mismo

de esta misión y sepa su nombre. Nuestra determinación dispone de nosotros aunque todavía no la conozcamos; es el futuro el que rige nuestro hoy. Puesto que es del ***problema de la jerarquía*** del que nosotros espíritus libres podemos decir que es ***nuestro*** problema, sólo ahora, en el mediodía de nuestra vida, comprendemos qué preparativos, rodeos, pruebas, tentativas, disfraces había menester el problema antes de que éste ***pudiera*** planteársenos, y cómo primero debíamos experimentar en cuerpo y alma los más múltiples y contradictorios apremios y venturas, como aventureros y circunnavegantes de ese mundo interno que se llama "hombre", como medidores de lo "superior" y "superpuesto" que se llama igualmente "hombre", lanzándonos en todas las direcciones, casi sin miedo, sin desdeñar nada, sin perderse nada, saboreándolo todo, depurándolo de lo contingente y, por así decir, cribándolo, hasta que finalmente pudiéramos decir nosotros espíritus libres: "¡He aquí un problema ***nuevo***¡" ¡He aquí una larga escalera en cuyos peldaños nosotros mismos nos hemos sentado y por ellos ascendido, que nosotros mismos hemos ***sido*** alguna vez! ¡He aquí algo más elevado, algo más profundo, algo por debajo de nosotros, un orden de inmensas dimensiones, un jerarquía que ***vemos*** he aquí ***nuestro*** problema!".

8

Ningún psicólogo ni adivino dudará ni por un momento a qué lugar de la evolución que acabo de describir le corresponde (o en cuál está ***situado***) el presente libro. ¿Pero dónde hay psicólogos? En Francia por supuesto; quizás en Rusia; desde luego, no en Alemania. No faltan razones para que los alemanes de la hora presente puedan tomar esto incluso como un honor: ¡tanto peor para quien en este punto sea por índole y designio antialemán! Este libro ***alemán***, que ha sabido encontrar sus lectores en un vasto círculo de países y pueblos -hace unos diez años que está en circulación- y que debe de entender de alguna música o arte flautistico que incluso a los recalcitrantes oídos extranjeros induce a la escucha, este libro es precisamente en Alemania donde has sido leído más negligentemente, donde peor has sido ***oído***. ¿A qué se debe esto? "Exige demasiado", se me ha respondido, "se dirige a hombres sin el apremio de groseros deberes, requiere sentidos delicados y refinados, precisa abundancia, abundancia de tiempo, de claridad, de cielo y de corazón, de ***otium*** en el sentido más audaz: sin excepción buenas cosas que nosotros alemanes de hoy no tenemos y por tanto tampoco podemos dar". Tras una respuesta tan amable, mi filosofía me aconseja callar y no hacer más

preguntas, máxime si como dice el proverbio, en ciertos caso uno sólo ***sigue siendo*** filósofo si calla.

Friedrich Nietzsche
Niza, primavera de 1886

Trad. Alfredo Brotons Muñoz

1

QUÍMICA DE LOS CONCEPTOS Y SENSACIONES. Los problemas filosóficos vuelven a tomara hora, en casi todos los casos, la misma forma de plantearse de hace dos mil años: ¿cómo puede algo nacer de su contrario, por ejemplo lo racional de lo irracional, lo que siente de lo que está muerto, la lógica de la ilogicidad, la contemplación desinteresada del deseo apasionado, el vivir para los otro del egoísmo, la verdad de los errores? La filosofía metafísica conseguía hasta ahora salir de esta dificultad negando que unas cosas se originasen de otras y suponiendo un origen milagroso para las cosas más altamente valoradas, como si procediesen directamente del núcleo y la esencia de la “cosa en sí”. Por el contrario, la filosofía histórica, que no se puede pensar separada de las ciencia naturales, y el más reciente de todos los métodos filosóficos, ha comprobado en casos particulares (y tal será presumiblemente su resultado en todos los casos), que esas cosas no son opuestas, sino en la acostumbrada exageración de la concepción popular o metafísica, y que esta oposición estaba basada en un error de la razón: según su explicación, no existe para ser rigurosos, ni un obrar altruista ni una contemplación plenamente desinteresada; ambas cosas son sólo sublimaciones en las que el elemento básico se presenta casi volatilizado y se revela como aún existente sólo a la observación más sutil. - Todo lo que necesitamos y todo lo que solamente se nos puede dar en el nivel actual de las ciencias especializadas es una química de las representaciones y sensaciones morales, religiosas y estéticas, así como de todas aquellas estimulaciones que vivenciamos en nosotros, tanto en las grades como en las pequeñas relaciones que tenemos con la cultura y con la sociedad e incluso estando en soledad: ¿qué sucedería si esta química concluyese con el resultado de que también en esta ámbito los colores más espléndidos se han obtenido de materias vulgares e incluso despreciadas? ¿Tendrán ganas de continuar tales investigaciones? A la humanidad le gusta deshacerse pronto de las preguntas por el origen y los

comienzos: ¿no hay que estar poco menos que deshumanizado para notar en sí mismo la tendencia contraría?

16

FENÓMENO Y COSA EN SÍ. Los filósofos suelen situarse ante la vida y la experiencia -ante aquello que denominan el mundo de la apariencia-, como ante un cuadro que estuviese desplegado de una vez por todas y mostrase el mismo acontecer de forma invariablemente fija: ellos opinan que hay que interpretar correctamente este acontecer para de esa manera obtener la esencia que ha producido el cuadro; es decir, la cosa en sí que siempre suele considerarse como la razón suficiente del mundo de la apariencia. Por el contrario, lógicos más estrictos, tras haber dilucidado agudamente el concepto de lo metafísico como el concepto de lo incondicionado y, en consecuencia, también como el de lo incondicionante, han puesto en duda toda conexión entre lo incondicionado (el mundo metafísico) y el mundo que nos es conocido: de modo que en el fenómeno ***no*** aparece para nada la cosa en si, y se ha de rechazar, por tanto, todo tipo de conclusión sobre ésta que haya partido de aquél. Por ambas partes, sin embargo, se ha desatendido la posibilidad de que aquel cuadro -eso que ahora para nosotros los hombres significa vida y experiencia-, haya devenido gradualmente, que, en efecto, todavía esté por completo en ***devenir*** y que, por ello, no deba ser considerado como cantidad fija de la que fuese lícito sacar, o incluso solamente rechazar, alguna conclusión sobre el autor (la razón suficiente.) Puesto que desde hace milenios hemos visto el mundo con pretensiones morales, estéticas y religiosas, con ciega inclinación, pasión o temor, y nos hemos entregado con placer a las groserías del pensamiento ilógico, por todo ello este mundo se ha ***convertido*** poco a poco en tan maravillosamente multicolor, terrible, profundo de significación y lleno de alma que ha tomado color, - pero nosotros hemos sido los coloristas: el intelecto humano ha dejado que el fenómeno apareciera y ha introducido en las cosas sus erróneas concepciones fundamentales. Tarde, muy tarde - vuelve en sí: y ahora el mundo de la experiencia y la cosa en sí le parecen tan extraordinariamente distintos y separados que rechaza que de aquél se saquen conclusiones sobre ésta - o de una forma horriblemente misteriosa exige la ***renuncia*** de nuestro intelecto y de nuestra voluntad personal: para llegar a lo esencial ***haciéndose*** esencial. Otros, en cambio, han recogido todos los rasgos característicos de nuestro mundo de la apariencia -esto es, de la representación del mundo tramada partiendo de equivocaciones intelectuales y heredada por nosotros-, ***y en***

lugar de declarar culpable al intelecto han acusado a la esencia de las cosas de ser la causa de ese efectivo y muy inquietante carácter del mundo y han predicado la redención del ser. - El continuo y laborioso proceso de la ciencia acabará de forma decisiva con todas estas concepciones. Dicho proceso alguna vez celebrará por fin su máximo triunfo mediante una ***historia de la génesis del pensamiento***, cuyo resultado quizá podría resumirse en esta frase: lo que nosotros ahora denominamos mundo es el resultado de muchas equivocaciones y fantasías que se formaron poco a poco en la evolución global de los seres orgánicos, que han crecido entrelazándose y ahora las heredamos como tesoro acumulado de todo el pasado, - como tesoro: porque sobre él descansa el ***valor*** de nuestra humanidad. De este mundo de la representación la ciencia estricta sólo nos puede desligar, de hecho, en pequeña medida - y en absoluto es de desear que lo haga, en tanto en cuanto no pueda romper esencialmente la violencia de antiquísimos hábitos de la sensación: la ciencia puede, sin embargo, clarificar poco a poco y paso a paso la historia de la génesis de aquel mundo como representación - y elevarnos, al menos por momentos, por encima de todo el proceso. Quizá reconozcamos entonces que la cosa en sí merece una sonrisa homérica: porque ***parecía*** mucho, incluso todo, y propiamente esta vacía, es decir, vacía de significación.

18

CUESTIONES FUNDAMENTALES DE LA METAFÍSICA. Cuando se escriba la historia de la génesis del pensamiento, entonces la siguiente proposición de un eminente lógico también estará iluminada por una nueva luz: “La ley originaria y general del sujeto cognoscente consiste en la interna necesidad de conocer todo objeto en sí, en su esencia propia, como uno e idéntico consigo mismo, así pues, como existente por sí y, en el fondo, permaneciendo siempre igual e inmutable, en una palabra, como una sustancia.” También esta ley, que aquí ha sido llamada “originaria” es algo derivado: algún día se enseñará que esta tendencia se forma gradualmente en los organismo inferiores, que los torpes ojos de topo de estas organizaciones al principio no ven nada sino siempre lo mismo, que entonces, cuando se hacen más perceptibles las distintas estimulaciones de placer y displacer, las distintas substancias se distinguen poco a poco, pero cada una con ***un*** atributo, es decir, con una única relación con un tal organismo. - El primer grado de lo lógico es el juicio; cuya esencia consiste, según la declaración de los mejores lógicos, en la creencia. A toda creencia le sirve de base la sensación ***de lo agradable o***

lo doloroso con respecto al sujeto que siente. El juicio, en su forma ínfima, es una tercera sensación nueva, resultado de dos sensaciones individuales previas. - Originariamente a los seres orgánicos sólo nos interesa en todas las cosas su relación con nosotros respecto del placer y el dolor. Entre los momentos en los que nos hacemos conscientes de esta relación, esto es, los estados de sensación, están los momentos del reposo, es decir, los estados sin sensación: ya que entonces el mundo y cada una de las cosas carecen de interés para nosotros, no percibimos en él ninguna alteración (como todavía ahora si alguien está vivamente interesado en algo no nota que otro pase a su lado). Para las plantas en general todas las cosas están en reposo, son eternas y cada una de ellas s idéntica a sí misma. Del periodo de los organismo inferiores el hombre ha heredado al creencia en la existencia de ***cosas idénticas*** (solamente la experiencia desarrollada por la creencia más elevada contradice esa proposición). La creencia primordial de todo lo orgánico y quizá desde sus comienzos puede que sea que todo el resto del mundo constituye una cosa única e inmóvil. - A aquel grado primordial de lo lógico le queda sumamente lejos la idea de ***causalidad***; en efecto, nosotros todavía opinamos, en el fondo que todas las sensaciones y acciones son actos de la voluntad libre; si el individuo que siente se considera a sí mismo, entonces tomará, toda sensación, toda alteración, por algo ***aislado***, es decir, incondicionado, inconexo: surgiendo de nosotros sin asociación con lo anterior o lo posterior. Cuando tenemos hambre no opinamos originariamente que el organismo quiere ser mantenido, sino que aquel sentimiento es el que aparece haciéndose valer ***sin fundamento ni finalidad***, se aísla y se toma a sí mismo por ***arbitrario***. En consecuencia: la creencia en la libertad de la voluntad es un error originario de todo lo orgánico, tan antiguo que en él ya existen los arranques de lo lógico, la creencia en sustancias incondicionadas y en cosas idénticas también es un error originario e igualmente antiguo de todo lo orgánico. Ahora bien en la medida en que toda metafísica se ha ocupado principalmente de la sustancia y de la libertad de la voluntad, se la debe designar como la ciencia que trata de los errores fundamentales del hombre, aunque lo hace como si fuesen verdades fundamentales.

20

ALGUNOS PASOS ATRÁS. Se alcanza un nivel ciertamente muy elevado de cultura cuando el hombre se libera de la ideas y temores supersticiosos y religiosos, y, por ejemplo, no cree ya en los simpáticos angelitos o en el pecado original, y ha olvidado también hablar de la salvación

del alma: si se encuentra en este grado de liberación, le queda aún por superar, con la máxima tensión de su reflexión, la metafísica. Después, sin embargo, es necesario un movimiento hacia atrás: debe comprender la justificación histórica, como también la psicológica de semejantes representaciones, debe reconocer cómo se ha originado de ellas el mayor progreso de la humanidad y cómo, sin tal movimiento hacia atrás, nos veríamos privados de los mejores resultados obtenidos hasta ahora por la humanidad. Con respecto a la metafísica filosófica, son cada vez más numerosos aquellos que veo alcanzar la meta negativa (que toda metafísica positiva es un error), pero aún son muy pocos quienes dan algunos pasos atrás; en otras palabras, es preciso mirar por encima del último travesaño de la escalera, pero no querer permanecer en él. Los más iluminados sólo consiguen liberarse de la metafísica y volverse a mirarla con superioridad: mientras también aquí, como en el hipódromo al termino de la recta es necesario girar.

34

PARA TRANQUILIZAR. Así pues, ¿no se convierte de esta manera nuestra filosofía en tragedia? ¿No se convierte la verdad en enemiga de la vida y de lo mejor? Parece que una pregunta se nos trabase en la lengua sin querer expresarse: ¿***podríamos*** permanecer conscientemente en la falsedad? o, si ***tuviéramos que*** hacerlo, ¿no sería preferible la muerte? Porque ya no hay un deber; la moral, en la medida en que era un deber, está aniquilada por nuestra forma de considerar las cosas, de la misma manera que lo está la religión. El conocimiento solamente puede dejar que subsistan como motivos el placer y el displacer, el provecho y el daño: ahora bien, ¿cómo concordarán estos motivos con el sentido para la verdad? Pues ellos también están en contacto con errores (por cuanto, como dijimos, la simpatía y la antipatía y sus muy injustas medidas determinan esencialmente nuestro placer y displacer). La vida humana está toda ella sumergida profundamente en la falsedad, el individuo no la puede sacar de este pozo sin sentir aversión contra su pasado por la más profunda de las razones, sin encontrar absurdos sus motivos actuales como los del honor y sin manifestar irrisión y desprecio en contra de las pasiones que impulsan hacia el futuro y hacia la felicidad en el futuro. ¿Será verdad que sólo quede una única forma de pensar que implique, como resultado personal, la desesperación y, como resultado teórico, una filosofía de la destrucción? - Yo creo que la decisión sobre la repercusión del conocimiento la toma el ***temperamento*** de un hombre: de la misma manera que esa repercusión expuesta, y posible en naturalezas individuales, podría

imaginarse otra capaz de producir una vida mucho más sencilla y más libre de afectos que la actual: de modo que al principio los antiguos motivos del deseo vehemente todavía tuviesen fuerza por la antigua costumbre heredada, pero se debilitasen paulatinamente bajo el influjo del conocimiento purificante. Al final se viviría entre los hombres y consigo mismo como en la ***naturaleza,*** sin elogios ni reproches, sin apasionamiento, disfrutando como en un espectáculo de muchas cosas que hasta entonces solamente habían infundido temor. Se estaría libre del énfasis y ya no se sentiría el aguijón del pensamiento de ser no sólo naturaleza o ser más que naturaleza. Obviamente, de esto formaría parte, como dijimos, un buen temperamento, un alma sólida, suave y en el fondo alegre, un estado de ánimo que no necesitara estar en guardia frente a perfidias y arrebatos repentinos y que en sus exteriorizaciones no ostentase nada de tono refunfuñante ni de encarnizamiento, - esas conocidas y molestas propiedades de hombres y perros viejos, que han estado atados mucho tiempo. Al contrario, un hombre que se ha desprendido en tal medida de las habituales cadenas de la vida y que no continúa viviendo más que para conocer cada vez mejor, ha de poder renunciar, sin disgusto ni envidia, a mucho e incluso a casi todo lo que para los otros hombres tiene valor, a él ha de ***bastarle*** como el más deseable de los estados ese libre y valiente planear por encima de los hombres, las costumbres, las leyes y las apreciaciones habituales de las cosas. Comparte con gusto la alegría de este estado y quizás no ***tenga*** otra cosa que compartir, - lo cual implica, evidentemente, una privación, una renuncia más. Pero si, a pesar de ello, se quisieran más cosas de él, entonces con benévolo movimiento de cabeza señalaría a su hermano, el hombre libre de la acción, y tal vez no disimularía un poco de ironía: pues la de éste es un caso muy particular de «libertad».

51

CÓMO EL PARECER SE CONVIERTE EN SER. En definitiva, el actor no puede dejar de pensar en la impresión que causa su persona y en el efecto escénico en general ni siquiera cuando siente el más hondo dolor, incluyendo el entierro de su hijo, por ejemplo: llorará por encima de su propio sufrimiento y de sus manifestaciones como si fuera un espectador de sí mismo. El hipócrita, que desempeña siempre el mismo papel, termina dejando de ser hipócrita; de este modo, los sacerdotes que solían ser hipócritas en su juventud, conscientemente o no, acaban comportándose con naturalidad, y entonces es cuando son realmente sacerdotes, sin afectación alguna; o si no consigue el padre comportarse así, probablemente herede el hijo su costumbre,

beneficiándose del esfuerzo paterno. Cuando un hombre pretende ***parecer*** algo durante mucho tiempo y con empeño, le resulta difícil acabar **siendo** otra cosa. La profesión de casi todos los hombres, incluyendo a los artistas, empieza por una hipocresía, por un imitar exterior, por un copiar lo que produce efecto. Quien lleva siempre la misma máscara del gesto amistoso acaba adquiriendo la actitud benévola sin la que no puede darse la manifestación de la cordialidad, y cuando dicha actitud acabe apoderándose de el, **será** benévolo.

57

LA MORAL COMO AUTOESCISIÓN DEL HOMBRE. El buen autor, el que de veras se compromete con su causa, quiere que aparezca otro y lo eclipse sosteniendo la misma causa de modo más claro y resolviendo exhaustivamente los problemas contenidos en ella. La muchacha que ama desea descubrir, en la infidelidad del amado, la devota fidelidad de su propio amor. El soldado desea caer en el campo de batalla por su patria victoriosa: pues en la victoria de su patria triunfan al mismo tiempo sus más altos deseos. La madre da al hijo lo que se quita a sí misma, el sueño, la mejor comida, en algunos casos la salud y los bienes. ¿Pero son, todos éstos, estados altruistas? ¿Son, estas acciones de la moral ***milagros***, en tanto que son, según expresión de Schopenhauer, "imposibles y con todo reales"? ¿No es evidente que en todos estos casos el hombre ama ***algo propio***, un pensamiento, una aspiración, una criatura, más que ***otra cosa propia***, es decir, que ***escinde*** su ser y sacrifica una parte de éste a la otra? ¿Acaso sucede algo esencialmente distinto cuando un testarudo dice: "Prefiero que me maten a ceder un palmo ante este hombre"? En todos estos casos existe la ***inclinación hacia algo*** (deseo, instinto, aspiración); secundarla con todas las consecuencias, no es, en ningún caso "altruista". En la moral el hombre se trata a sí mismo, no como ***individuum***, sino como ***dividuum*** .

107

IRRESPONSABILIDAD E INOCENCIA. La irresponsabilidad total del hombre respecto de sus actos y a su ser es la gota más amarga que ha de tragar el hombre del conocimiento, una vez habituado a considerar que la responsabilidad y el dolor son los títulos de nobleza de la humanidad. Todas

sus valoraciones, atracciones y aversiones se convierten por ello en algo falso y carente de valor: su sentimiento más hondo, el que le acercaba al mártir y al héroe, ha adquirido a causa de eso el valor de un error; ya no tiene derecho alabar ni a censurar, pues no tiene sentido alabar ni censurar a la naturaleza y a la necesidad. Ante los actos propios y ajenos debe proceder como cuando le gusta una obra bella pero no la alaba, porque ésta no puede hacer nada por sí misma, o como cuando se encuentra delante de una planta. Puede admirar su fuerza, su belleza, su plenitud, pero no le es lícito atribuirles mérito: el fenómeno químico, la lucha de los elementos o los tormentos de quien ansia curarse tienen tanto mérito como esas luchas y angustias del alma en las que nos sentimos atenazados por diversos motivos y en diferentes sentidos, hasta que al final nos decidimos por el más poderoso (como suele decirse, aunque en realidad habría que decir: hasta que el más poderoso decide por nosotros). Pero por elevados que sean los nombres que demos a esos motivos, proceden de las mismas raíces en las que creemos que se encuentran los malignos venenos: entre los actos buenos y los actos malos no hay una diferencia de especie, sino a lo sumo de grado. Los actos buenos son la sublimación de actos malos; y los actos malos son actos buenos, pero realizados de una forma tosca y estúpida. Cualquiera que sea el modo como puede obrar el hombre, es decir, como debe hacerlo, éste no desea más que autocomplacerse (unido esto al miedo que tiene a la frustración), ya sea mediante actos de vanidad, venganza, concupiscencia, interés, maldad o perfidia; o mediante actos de sacrificio, de compasión, de entendimiento. Los grados de raciocinio determinarán la dirección en la que cada cual se dejará llevar por este deseo; toda sociedad y todo individuo tienen siempre presente una jerarquía de bienes, por la cual deciden sus actos y juzgan los ajenos. Sin embargo esta escala de medida está cambiando continuamente; se llama malos a muchos actos que sólo son estúpidos porque el nivel de inteligencia de quién decidió realizarlos era muy bajo. Más aún, en cierto sentido, ***todos*** los actos son todavía hoy estúpidos, porque será sin duda superado el nivel más elevado que ha podido alcanzar la inteligencia humana: cuando entonces se mire hacia atrás, todos ***nuestros*** actos y juicios resultarán tan limitados e irreflexivos como nos parecen hoy los de los pueblos salvajes y atrasados. Puede que la toma de conciencia de todo esto produzca un hondo dolor, pero existe un consuelo: estos sufrimientos son dolores de parto. La mariposa quiere romper su envoltura, despedazándola y desgarrándola; entonces se siente cegada y embriagada por esa luz desconocida que es el reino de la libertad. El primer ensayo para saber si la humanidad, que es ***moral***, puede convertirse en ***sabia***, se hace con hombre que son ***capaces*** de soportar esta tristeza (¡y que serán muy pocos!). el sol de un nuevo evangelio lanza su primer rayo sobre las

cimas más altas de las almas de esos solitarios; allí se acumulan nubes más densas que en ninguna otra parte, y reinan a un tiempo la claridad más pura y el crepúsculo más sombrío. Todo es necesidad, dice el nuevo saber, y el conocimiento es el camino que conduce a esa inocencia. Si la voluptuosidad, el egoísmo y la vanidad son ***necesarios*** para la producción de los fenómenos morales y para que alcancen su más elevada floración, el sentido de la verdad y de la justicia del conocimiento: si el error, el extravío de la imaginación ha sido el único medio por el que ha podido ir elevándose paulatinamente la humanidad hasta este grado de claridad y de autoliberación. ¿quién iría a entristecerse al divisar la meta adonde llevan estos caminos? Es cierto que en el terreno de la moral todo se modifica y cambia, que es incierto y está en constante fluctuación, pero también es verdad que ***todo fluye*** y que se dirige a un ***único*** fina. Aunque siga actuando en nosotros el hábito hereditario de juzgar, amar y odiar erróneamente, cada vez se irá debitando más por el creciente influjo del conocimiento: en este mismo terreno nuestro se va implantando insensiblemente un nuevo hábito: el de comprender, el de no amar ni odiar, el de ver desde lo alto, y dentro de miles de años será tal vez lo bastante poderoso para dar a la humanidad la fuerza de producir al hombre sabio, inocente (consciente de su inocencia), de un modo tan regular como hoy produce al hombre necio, injusto, que se siente culpable, es decir, ***su antecedente necesario, no lo opuesto a aquél***.

147

EL ARTE COMO NIGROMANTE. El arte cumple secundariamente el deber de conservar e incluso de prestar nuevos colores a concepciones apagadas, desteñidas; cuando lleva a cabo este deber, establece un vínculo con épocas diferentes y hace que sus espíritus vuelvan. En realidad, la vida que surge de tal modo es sólo una regla de fantasma que sale de su tumba, o como el regreso en sueños de muertos queridos; pero al menos por algunos instantes el antiguo sentimiento vuelve a despertarse y el corazón late con un ritmo ya olvidado. Ahora bien, por este cometido general del arte se debe perdonar al artista el hacho de que no figure en las primeras filas de la ilustración y de la progresiva, ***viril educación*** de la humanidad: ha sido durante toda su vida un niño, un adolescente, y se ha detenido en el punto en que lo ha sorprendido su impulso artístico; los sentimientos de las primeras etapas de la vida están, sin embargo, según cree, más cerca de los de las épocas pasadas que los del siglo presente. Involuntariamente su deber se convierte en el de hacer que la humanidad vuelva a su niñez; esta es su gloria y su limite.

638

EL CAMINANTE. Quien ha alcanzado la libertad de la razón, aunque sólo sea en cierta medida, no puede menos que sentirse en la tierra como un caminante, pero un caminante que no se dirige ***hacia*** un punto de destino pues no lo hay.. Mirará, sin embargo, con ojos bien abiertos todo lo que pase realmente en le mundo; asimismo, no deberá atar a nada en particular el corazón con demasiada fuerza: es preciso que tenga también algo del vagabundo al que agrada cambiar de paisaje. Sin duda ese hombre pasará malas noches, en las que, cansado como estará hallará cerrada la puerta de la ciudad que había de darle cobijo: tal vez incluso como en oriente, el desierto llegue hasta esa puerta, los animales de presa dejen oír sus aullidos tan pronto lejos como cerca; se levante un fuerte viento, y unos ladrones le roben su acémilas. Quizá entonces la terrible noche será para él otro desierto cayendo en el desierto y su corazón se sentirá cansado de viajar. Y cuando se eleve el sol de la mañana, ardiente como un airado dios, y se abra la ciudad, puede que vea en los ojos de sus habitantes más desierto, más suciedad, mas bellaquería y más inseguridad aún que ante su puerta, -por lo que el día será para él casi peor que la noche. Es posible que a veces sea así la suerte de este caminante. Pero pronto llegan, en compensación, las deliciosas mañanas de otras comarcas y de otras jornadas, en las que desde los primeros resplandores del alba, ve pasar entre la niebla de la montaña a los coros de las musas que le rozan al danzar; más tarde sereno, en el equilibrio del alma de la mañana antes del mediodía y mientras se pasee bajo los árboles verá caer a sus pies desde sus copas y desde los verdes escondrijos de sus ramas una lluvia de cosas buenas y claras, como regalo de todos los espíritus libres que frecuentan el monte, el bosque y la soledad, y que son como él, con su forma de ser unas veces gozosa y otra meditabunda, caminantes y filósofos. Nacidos de los misterios de la mañana temprana, piensan que es lo que puede dar al día, entre la décima y la duodécima campanadas del reloj, una faz tan pura, tan llena de luz y de claridad serena y transfiguradora: buscan **la filosofía de la mañana.**